



9 de marzo de 1879

## EL BENEDICITE<sup>1</sup>

### Madre María Eugenia

Mis queridas hijas,

Creo que os he dicho muchas veces que una de las mejores maneras de permanecer en la presencia de Dios y viviendo en espíritu de oración continua, es hacer con verdadera devoción todos los pequeños ejercicios de piedad que se encuentran durante el día.

Así, cuando rezamos el *Ángelus*, debemos hacerlo recordando el misterio de la Encarnación del que es memorial. Yendo y viniendo por los pasillos rezáis. Antes de entrar en el salón, decís un *Ave María* y el *Angele Dei*<sup>2</sup>: debes decirlos con devoción. Cuando se reza el rosario, en un momento u otro, hay que recogerse y decirlo con devoción.

Hoy me gustaría hablaros del *Benedicite*. Mucha gente lo dice como costumbre. Sin embargo es uno de los Oficios del día. En muchas órdenes religiosas se cantaba. Está lleno de lecciones. Ponedle atención, leyéndolo incluso fuera del tiempo en que lo recitáis. ¡Qué enseñanzas tan bonitas desde el punto de vista de la pobreza!... Todo se dice aquí para hacernos entender que todo lo recibimos de Dios. Sí somos alimentados, es que Dios abre su mano para alimentarnos. Debemos darle gracias, como los pobres que lo han recibido todo de su bondad y de su misericordia.

Por la mañana decimos: *Los ojos de todos te están aguardando. Tú les das la comida a su tiempo*<sup>3</sup>. Nos recuerda lo que nuestro Señor dice en el Evangelio: los pájaros no siembran, no tienen graneros donde almacenar las provisiones, pero cada uno de ellos es alimentado por la divina Providencia<sup>4</sup>. Hay ciertas especies de aves que no encuentran en nuestros países la comida que les conviene – no son el gorrión, este pájaro de nuestros tejados que se alimenta un poco de todo. – Estas especies son instruidas por la divina Providencia para volar lejos a mejores climas, para encontrar su comida allí durante el invierno.

Somos como esos pajaritos que todo lo esperan de Dios. Debemos considerarnos como los pobres de Jesucristo, maravillarnos de que él piense en proporcionarnos nuestra comida. Cuando san Vicente de Paul iba al refectorio, se dice que a menudo tenía lágrimas en los ojos mientras pensaba: *¡Hago tan poco por Dios, trabajo tan poco en su casa, y sin embargo me alimenta tan abundantemente!* Tenéis

---

<sup>1</sup> Oración antes de las comidas, enteramente dicha en latín. En su comentario, la madre María Eugenia cita las fórmulas latinas y a veces las traduce.

<sup>2</sup> Oración al ángel de la guarda.

<sup>3</sup> Sl. 144, 15.

<sup>4</sup> Cf, Mt. 6,26

que tratar, hermanas mías, de tener este profundo sentimiento de pobreza que nos hace recibir de Dios con agradecimiento lo que uno necesita, y que uno no cuenta con sus propios medios para obtenerlo.

Decir el *Benedicite* y las *Gracias* con estos sentimientos es avanzar no sólo en el espíritu de pobreza, sino también en el espíritu de confianza y esperanza en Dios. La pobreza y la esperanza tienen un vínculo muy estrecho: la pobreza desprende de todo bien terrenal, y la esperanza encuentra todo su apoyo en Dios. Generalmente se dice que a la fe corresponde la obediencia, a la esperanza la pobreza, a la caridad la castidad que une a Dios con un amor más cercano y más tierno.

Después de la comida de la mañana, decimos: *Que tus obras, Señor, te den gracias*. Meditad vosotras mismas y ved cómo todas las criaturas han recibido de Dios lo necesario para su subsistencia; cómo desde la última lombriz hasta el hombre, toda criatura da gracias, a través de la voz del hombre; por eso se añade: *Que te bendigan tus fieles*<sup>5</sup>, los que han recibido la santidad en el bautismo, los que son establecidos por tu gracia en una condición de santidad.

*Reparte... a los pobres*. Esta palabra se dice allí sin duda para dar a los religiosos, e incluso de manera general a los cristianos, una idea de su relativa pobreza. *Su justicia es constante*<sup>6</sup>. ¿Qué significa su *justicia*? Que es justo, fiel en sus promesas. Prometió que la criatura que confía en él no será defraudada en su espera. – En los siglos de los siglos, nunca hemos visto faltar su misericordia a los que le oran.

Fijaos en la Orden de San Francisco que no tiene recursos, cómo durante tantos siglos ha vivido en todos los países, con una facilidad que dio lugar al chiste de que san Francisco de Asís no tenía preocupación por sus hijos, porque Dios siempre los cuidaba. Hay miles de franciscanos y franciscanas, sin poseer nada en el mundo, viviendo en casas que son del obispo, y Dios los cuida como gorriones.

No se recuerda que un franciscano haya muerto de hambre alguna vez, Dios siempre ha provisto para ello. Hay pobres que se mueren de hambre: ¿no le piden a Dios el pan de cada día? ¿es para condenar ciertos desórdenes que tienen lugar en las grandes ciudades? - no lo sé; pero sé que nunca hemos oído hablar de un solo franciscano muerto de hambre; su Orden ha existido durante siglos y está muy extendida en países muy desatendidos desde el punto de vista religioso, como bajo el Ecuador y en las pequeñas repúblicas de América.

*Bendeciré al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca*<sup>7</sup>. – Es motivo para bendecir a Dios el cuidado que tiene de nosotras desde el punto de vista temporal. No podríamos vivir sin él. Debemos recordar que él nos cuida también desde el punto de vista espiritual, que siempre debemos esperar en él y que en todo lugar, en todo tiempo, en todo caso, nos da los medios necesarios para llegar a nuestro fin. – Este es un acto de la virtud de la esperanza. Esperamos de Dios la salvación eterna por los méritos de Jesucristo. Y todos los actos de esperanza añaden que los medios para llegar son la gracia y la observancia de los mandamientos.

La esperanza nunca debe fallar en este punto; es una de las virtudes pedidas, el alma sólo es santa si está fundada en la fe, la esperanza y la caridad. La esperanza no es menos que la fe. La caridad las supera, porque permanece en la eternidad. Pero la esperanza debe conducir a ese fin, donde la caridad no perecerá nunca.

---

<sup>5</sup> Sl. 144, 10

<sup>6</sup> Sl. 111, 10

<sup>7</sup> Sl 33, 1

*Que los pobres lo escuchen y se alegren*<sup>8</sup>. Esta es una palabra misteriosa. Que toda alma de buena voluntad se alegre. Qué tome el mismo camino, se confíe en el Señor, ponga en él todas sus preocupaciones.

*Proclamad conmigo la grandeza del Señor*<sup>9</sup>. Que aquellos que pueden oír cómo los religiosos son bien tratados por la Providencia, se unan a los que siempre alaban, bendicen, glorifican al Señor, para alabarlo, bendecirlo, glorificarlo todos juntos.

Después viene la oración: *Concedenos, te rogamos, Señor...* se pide que todos los que nos hacen el bien reciban la vida eterna. Esta es una oración muy justa. De una forma u otra, hay personas que contribuyeron a que tuviéramos esta existencia temporal, y nunca debemos salir del refectorio sin haber orado por nuestros bienhechores. La Iglesia lo quiere así.

Cuando os hacéis cargo de las limosnas, hermanas mías, cuando buscáis, al menos algunas de vosotras, procurar limosna para religiosos, para seminaristas pobres, pensad siempre que a cambio de la limosna, se os dará la vida eterna, mucho más cuando se trata de los sacerdotes de Dios.

Nuestro Señor lo dice muy expresamente en el Evangelio: el que recibe a un apóstol, el que hospeda a un apóstol, tiene una recompensa mucho mayor que el que recibe a otra criatura de Dios<sup>10</sup>, por la cual, sin embargo, nuestro Señor dijo que miraría como hecho a sí mismo, lo que uno haría al más pequeño de los suyos<sup>11</sup>. Juzgad cómo recibirán una recompensa plena los que se ocupan de hacer el bien a los apóstoles<sup>12</sup>. Nuestro Señor lo vuelve a decir: *que vuestra paz descienda sobre esta casa*.

Mirad cuántas cosas hay en esta oración del *Benedicite*. Solo tomo el de la mañana. Tomad el de la tarde otra vez y medítadlo por vuestra cuenta, y entonces os resultará más fácil recogeros, cuando recitéis esta oración.

Os animo a que hagáis lo mismo con todas las pequeñas oraciones del día. Calculad la cantidad de veces que esto os pondrá en la presencia de Dios, y encontraréis que más de veinte a treinta veces en el día volveréis a estar en el espíritu de oración fuera de vuestros ejercicios religiosos. Comprenderéis qué ventaja es para avanzar en esta vida interior de la que hablábamos la última vez.

Hay gente que espera, como dice San Francisco de Sales, que la perfección le sea puesta sobre sus espaldas como un vestido hecho, que tendrán una impresión continua de la presencia de Dios, que solo tendrán que levantar los ojos al cielo para verlo, que ni siquiera tendrá que tomarse esta molestia, y que vendrá sólo.

Os repito a menudo este diálogo entre dos santos. Santa Juana de Chantal le preguntó a San Francisco de Sales si necesitaba ponerse en la presencia de Dios, y con qué frecuencia lo hacía. San Francisco de Sales le respondió: *Por la gran bondad y misericordia de mi Dios, no tengo problemas para vivirlo; sin embargo, procuro*<sup>13</sup> *volver a ella por lo menos cada media hora*. Así que hubo un esfuerzo en el alma de San

---

<sup>8</sup> Sl.33,3

<sup>9</sup> Sl.33,4

<sup>10</sup> Cf. M, 10, 40-42

<sup>11</sup> Mt 25, 40

<sup>12</sup> Cf. Mt 10, 12-13

<sup>13</sup> Expresión utilizada por San Francisco de Sales que significa “trato de “

Francisco de Sales para volver a ponerse en la presencia de Dios. Santa Juana de Chantal añade que era fácil para él, porque era muy consciente de Dios.

Para la santa no fue tan fácil, tenía penas, oscuridades, dificultades. Dijo una vez, que en un día, tuvo una luz durante el espacio de un *Ave María*. Fue una gran santa, y, en un día entero, tentada contra la fe, afligida, turbada sólo sintió la luz de Dios por el espacio de un *Ave María*. Fue bien corto. A través de sus oscuridades, sus penas, hacía lo que le había enseñado San Francisco de Sales: trataba de ponerse a menudo en la presencia de Dios.

Se dice en su vida que hacía con gran fervor todos los pequeños ejercicios enumerados; por este medio se mantenía unida a Dios, renovaba su atención, hacía un esfuerzo; se convirtió en esa alma tan interior que al final de su vida estaba, por así decirlo, siempre absorta en Dios.